



ISBN: 978-607-02-0410-4

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones
sobre la Universidad y la Educación

www.iisue.unam.mx/libros

José M. Muriá (2008)

“Medio siglo de “grilla” universitaria en Guadalajara”
en *Cátedras y catedráticos en la historia de las universidades
e instituciones de educación superior en México.*

III. Problemática universitaria en el siglo xx,

María de Lourdes Alvarado, Leticia Pérez Puente (coords.),

IIUE-UNAM, México, pp. 363-371.

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

Medio siglo de “grilla” universitaria en Guadalajara

José M. Muriá

El Colegio de Jalisco

No nos hemos puesto de acuerdo sobre la antigüedad de la Universidad de Guadalajara. Los amantes de lo rancio y con una cierta vocación más o menos recóndita por volver a los tiempos de la dominación española —aquellos que en el fondo de su corazón se duelen un tanto por no haber nacido en la península ibérica y tienen, además, una cierta vocación clericaloide—, despliegan con entusiasmo la idea de que esta casa de estudios nació en 1792, gracias a las gestiones del obispo Antonio Alcalde y Barriga, el llamado *Fraile de la Calavera*. No obstante, pocos saben quién fue el primer rector —José María Gómez y Villaseñor— y que la fecha precisa de su apertura fue el 3 de noviembre.

Se trata en realidad de la Real y Literaria Universidad de Guadalajara, fundada con la venia de Carlos IV, de corta vida efectiva y llena de interrupciones por causa de su inevitable afiliación a las ideas hegemónicas durante la época colonial cuando ésta ya naufragaba.

Quienes creemos en nuestra capacidad de darnos nuevas y fuertes instituciones, estamos picados de nacionalismo y, dicho sea de paso, conocemos más o menos bien el devenir de las que se dedican a impartir educación superior en Jalisco, no vemos mayor conexión ni parecido entre aquella universidad y la actual casa de estudios, aparte del nombre, *Universidad*, pero con el agravante de que dicha palabra se entiende hoy como una vocación por lo universal, mientras que hace 200 años *universitas* o *universitatis* se refería más bien a *corporación* o *claustro*. Consecuentemente, este añejo concepto re-

sulta ser sumamente cerrado y elitista, mientras la nuestra es y debe seguir siendo una universidad abierta.

Es más probable que los universitarios de hoy sepan que su primer rector fue Enrique Díaz de León, cuando el gobernador José G. Zuno fundó la Universidad de Guadalajara el 12 de octubre de 1925, como resultado de la vocación revolucionaria de que todo el mundo pudiera tener acceso a las aulas superiores.

Los primeros años de vida de la nueva casa resultaron muy poco propicios para el estudio. Si Jalisco no fue un estado propiamente revolucionario, en el sentido de una participación muy activa de sus hijos en la contienda, sobrevivió durante varios años una agitación política muy intensa que llevó y trajo diferentes gobernadores y, por consecuencia, continuados cambios de gabinete y de rectores. Asimismo, la vocación gubernamental por la llamada “educación socialista” —a la que hasta el American School de Guadalajara se vio obligado a adherirse por escrito en 1937— sostenida en el ámbito universitario por el FESO (Frente de Estudiantes Socialistas de Occidente) dio lugar a una fuerte reacción de las clases acomodadas y más conservadoras, que dieron vida, a fin de cuentas, a la llamada Universidad Autónoma de Guadalajara. En ésta campería la FEJ (Federación de Estudiantes de Jalisco), que luego se convertiría en el brazo armado de los famosos “Tecos”.

Las trifulcas hicieron inevitable una clausura de la universidad pública a fines de 1933, que duró cuatro meses, y otra en octubre del año siguiente, que dio lugar a la creación, el 24 de febrero de 1935, de la Dirección General de Estudios Superiores. Su titular sería Constancio Hernández Alvirde, un distinguido abogado que se esmeró en preservar la misma tónica de las escuelas que estaban bajo su férula, de manera que, en esencia, sus funciones no se diferenciaron gran cosa de la universidad.

Ésta gata, que era la misma aunque revolcada, habría de sobrevivir hasta el 22 de julio de 1937, cuando se convirtió de nuevo en Universidad de Guadalajara y, desde entonces, su vida académica se ha visto interrumpida sólo ocasionalmente y por periodos muy cortos.

El último fue al mediar el año 1989, cuando se empezó arremeter desde la cúpula contra viejas y gangsteriles estructuras, que defenderían sus prebendas como “gato patas p’arriba”, y se abrió el cauce para la importante transformación que se emprendió entonces.

Los gobernantes, desde Jesús González Gallo, quien gobernó de 1947 hasta 1953, Agustín Yáñez, que lo sucedió, y todos posteriores, hasta 1995, procuraron acrecentar el subsidio y el patrimonio de la Universidad de Guadalajara, que llegó a registrar casi 200 mil alumnos. Más de la mitad de ellos, sin embargo, de nivel preparatorio, en tanto que el resto de los estudiantes se concentraba casi exclusivamente en las diferentes licenciaturas, dado que los estudios de posgrado son muy recientes y tienen una inscripción muy reducida, aunque en constante crecimiento.

Además de los deseos de que la educación superior fuese cada vez más generalizada, la Universidad de Guadalajara fue motivo de especial atención por la capacidad de alterar la tranquilidad pública, como lo hizo en más de una ocasión, con base especialmente en la organización estudiantil que era entonces mayoritaria y durante muchos años oficialmente reconocida: la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG).

La tal FEG había sustituido al FESO a poco de haber mediado el siglo, en la cual metieron sus narices varias fuerzas políticas locales. A fines de los años cincuenta y a principio de los sesenta, un grupo conocido como La Mafia, encabezado por Calos Ramírez Ladewig—hijo del ex gobernador Margarito Ramírez—, fue desplazando de la organización y de la Universidad a otros vástagos de ex mandatarios locales que coincidían en aspirar al dominio de la casa de estudios.

Primero fue José G. Zuno Arce, el famoso *Pepe*, quien acabó en 1959 en el Campo Militar número 1, del D. F. y luego quedó prácticamente confinado en Tuxpan, Jalisco.

Después tocó el turno a J. Jesús González Gortázar, *El Chacho*, quien fracasó en el intento de hacerse del control de la Universidad de Guadalajara, con base en una nueva organización estudiantil, la Federación Revolucionaria de Estudiantes Universitarios (FREU).

Fue sometido a fin de cuentas con unos cuantos golpes y una serie de “posicionamientos” y dádivas.

Finalmente, Ramírez Ladewig alcanzó un control casi absoluto, no sólo de los estudiantes universitarios sino también de las escuelas secundarias del sistema educativo estatal, mediante una eficiente combinación de irrestricta fidelidad al gobierno con una férrea represión a la disidencia interna, aunado a una exacerbada retórica populista.

Todo ello generó un amplio respaldo entre los muchos estudiantes poco estudiosos, aunque fuera a costa de que descendiera de manera alarmante el nivel académico.

Su colaboración abyecta con el gobierno federal, en ocasión de los conflictos del año 1968, lograron que la de Guadalajara fuese la única universidad pública que franqueó sus puertas al presidente Gustavo Díaz Ordaz.

Este hecho consolidó la hegemonía de dicho grupo con el respaldo oficial, generó buenas recompensas a sus miembros destacados, la protección de la comandancia militar y una buena cantidad de armas idóneas para su función. En un tiempo se hizo gran ostentación de los “vochos”, y los relojes de lujo y las pistolas “escuadra” con que el presidente de la república obsequió su buen comportamiento y fidelidad, su colaboración con los cuerpos represivos y haber sometido “a fuego é a sangre”, como decían los antiguos, a quienes habían intentado alterar la paz sepulcral que se vivía.

A partir de ahí, los ex líderes estudiantiles, además de ganar otras prebendas, tuvieron acceso a ser diputados estatales y federales y se convirtieron en altos funcionarios de la propia universidad, desplazando con buenos y malos modos a todo aquel que ocupara un cargo de su interés, les pudiera ocasionar problemas o, simplemente, no se plegara a su voluntad.

Por otro lado, como es de suponer, su imagen ante la comunidad académica nacional se vino al piso y la Universidad de Guadalajara hubo de vivir prácticamente aislada de ella durante casi 20 años, con el consecuente daño a los quehaceres docentes y a la superación de los pocos catedráticos que tenían deseos de esmerarse.

En 1973, con ánimo de alcanzar la gubernatura, Ramírez Landewig hizo que la FEG y la Universidad de Guadalajara dieran un fuerte “viraje a la izquierda”, a la sazón conforme con la tónica del discurso oficial. Lo curioso es que la nueva retórica “socializante” no era esgrimida por los izquierdosos tradicionales de la propia Universidad, sino por antiguos miembros de las huestes confesionales, religiosos de profesión, o no, traídos de otras instituciones.

La intención era congraciarse con el presidente Luis Echeverría, a cuya sombra, quizás sin que él mismo tuviera conocimiento preciso, había surgido en Guadalajara un violento grupo opositor de la FEG, denominado Frente Estudiantil Revolucionario (FER), que habría de causarle no pocos dolores de cabeza a la FEG y de alterar sensiblemente la vida de los tapatíos. Llegó incluso a matar algunos de los cabecillas de la FEG, incluido su propio presidente, un joven que contaba con 49 años de edad. El pie de cría de los rebeldes fue el grupo denominado Vikingos, cuya base principal se encontraba en el antiguo pueblo de San Andrés.

El mismo Ramírez, considerado eufemísticamente el “ideólogo” de la Universidad, fue asesinado en 1975 y, bajo el liderazgo simbólico de su hermano, aceptado por los ex presidentes de la FEG como el fiel de la balanza, la institución siguió el camino por el que la llevó su misma inercia cerca de quince años.

La verdad es que la Universidad se repartió como un pastel. A cada quien le tocaron algunas escuelas y departamentos, donde hacían y deshacían a su antojo, haciendo valer, por encima de todo, la amenaza de perder el empleo o de acabar bien “surtido” en algún hospital. Surgió así, en cada dependencia, la representativa figura del “conducto político”; esto es, el correveidile del *capo* correspondiente. Con el dicho *conducto* o con el propio *capo* tenían que entenderse los directores de turno de cada dependencia, según la importancia de la decisión que quisieran tomar. Pero el caso es que su albedrío y el de las instancias legales quedó sumamente constreñido.

Durante la bonanza petrolera del sexenio de José López Portillo, a pesar de las fuertes limitaciones políticas que le pudo imponer el grupo de la Universidad el gobernador Flavio Romero de Velasco (1977-1983), en su exitoso afán de recuperar el orden alterado por

las referidas confrontaciones, hubo recursos suficientes para enriquecer a varios universitarios y emprender diversas construcciones que aumentaron el patrimonio inmueble universitario. En cambio, el creciente menoscabo del nivel académico y del buen ánimo de la institución facilitó el notable desarrollo, no sólo de la entonces casi cincuentenaria Universidad Autónoma de Guadalajara, sino también del jesuita Instituto de Estudios Superiores del Occidente (ITESO), fundado en 1957, y de otras instituciones también confesionales que cuajarían después.

Por cierto que el nacimiento del ITESO ocasionó en su tiempo una gran molestia en el seno de la Universidad Autónoma de Guadalajara. Se llegó al extremo de que los llamados *tecos*, en quienes descansa el rígido control político de esa institución, en mayo de 1958 arremetieron contra las instalaciones de los jesuitas, a la sazón en el centro de Guadalajara, causándoles cuantiosos daños.

Coincidió con la fundación del ITESO que se fueran diluyendo hasta su casi total desaparición los enfrentamientos violentos de los *tecos* con los estudiantes de la universidad estatal.

Otras instituciones de educación superior más jóvenes, que también se beneficiaron tanto del extremismo de la Universidad Autónoma de Guadalajara como del descalabro ocasionado por la FEG, fueron la Universidad del Valle de Atemajac (UNIVA), fundada en 1979 por clérigos seculares; la Universidad Panamericana, del Opus Dei; fundada en 1981, la sede jalisciense del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores Monterrey (TEC) y varias de menor importancia. A todas ellas fueron a dar hijos de “clasemedieros” y de los más adinerados, atraídos por la constancia, el buen comportamiento y el orden que preconizaban, sin que importara mucho la calidad de los profesores y, sobre todo, de su enseñanza.

El declive de la Universidad de Guadalajara, debido también a los bajos salarios y la escasez de alicientes, consecuencia del aumento desmedido de alumnos y necesidades, y de la corrupción interna, provocó que los estudiantes y maestros más inquietos y estudiosos siguieran emigrando a la ciudad de México y a otros lugares, o incluso se afiliaran a otras instituciones de educación superior de la localidad. Ello ocasionó que la vida cultural de la entidad no se de-

sarrollara igual que en otras partes de México; la pobreza en este aspecto que caracterizó la vida tapatía durante la década de 1960, propició que otras instancias constituyeran la base del repunte que se inició en la década siguiente, a pesar de que la Universidad de Guadalajara continuaba decayendo aceleradamente, cada vez más alejada del quehacer cultural y del interés de Jalisco.

No fue sino hasta mediados de la década de 1980 cuando la Universidad de Guadalajara dio señales de que empezaba a repuntar. Un pequeño grupo de jóvenes estudiosos que habían sido enviados a realizar estudios de posgrado fuera de casa empezaron a regresar y, a diferencia de épocas anteriores, pudieron hallar acomodo y no tuvieron que emigrar. Muchos de ellos, junto con algunas personalidades ya más maduras y asimismo de buena formación, pasaron en seguida a ser miembros del Sistema Nacional de Investigadores, lo que abrió las puertas a financiamiento externo para trabajos y estudios muy formales, además de la docencia convencional.

Cuando en 1989 un grupo de ellos, sumado a otros universitarios asaz jóvenes y plenamente imbuidos de una mayor vocación académica, tuvieron éxito en la competencia para ganar la rectoría y, posteriormente, triunfaron en la batalla para neutralizar las viejas fuerzas gangsteriles, los cambios se empezaron a generar. Representativo de la transformación que se gestaba, es el hecho de que el nuevo rector fuera varios años más joven que el “alumno” que a la sazón presidía la Federación de Estudiantes.

Entre los cambios más notables que se llevaron a cabo puede señalarse la creación de cuatro grandes centros fuera de Guadalajara: Puerto Vallarta, Autlán, Ocotlán y Tepatitlán, a los que se sumaron después Ameca y Colotlán y, recientemente, Lagos.

No es casual que la universidad pública de Jalisco sea la única de todo el país que no lleva el nombre del estado sino el de su capital. Es la nuestra una entidad federativa en la que se repiten con creces los esquemas salvajemente centralizadores que, desde el Distrito Federal, se han impuesto a toda la nación y que, por cierto, tanto criticamos los tapatíos.

De ahí que, según esta perspectiva, resulten mucho más meritorios los esfuerzos descentralizadores; si bien se está muy lejos aún de

llegar a los niveles requeridos, hemos de reconocer que se han dado pasos sumamente importantes.

Se han presentado varias confrontaciones menores entre las “viejas glorias”, más preocupadas por la fidelidad a los *capos* que por el trabajo intelectual, y los ya no tan jóvenes académicos, pero a la larga se han ido imponiendo los nuevos criterios. Algunos añejos, con algo más que cualidades pugilísticas, incluso emprendieron estudios superiores. Otros han ido saliendo de la universidad de una manera o de otra.

No menos importante y parte esencial de la renovación fue el hecho de que la añeja FEG fuese desplazada por la FEU (Federación de Estudiantes Universitarios), de tesitura muy diferente, y se emprendiera un vasto programa para mejorar tanto los estudios regulares como las actividades de extensión, descentralizar los servicios, las funciones y las decisiones, y generar estímulos a quienes se dedican exclusivamente a labores de investigación y docencia.

Comparado con antaño, cuando la Universidad de Guadalajara se hacía presente por su violencia, desgano y corrupción, el panorama actual resulta más alentador. Muestra de esto es la Feria Internacional del Libro, que tiene más de tres lustros, y el Festival del Cine Mexicano, que se acerca a dicha cifra. A ello debe agregársele una producción editorial y artística de calidad la cual, aunque cabe reconocer que menguó de manera sensible a partir de 1995, se ha recuperado, pero aún sigue siendo muy bajo lo que se asigna por cada alumno.

Quizás, a pesar de lo que se ha dicho, el futuro no sea alentador. Soplan aires contrarios a la educación pública y gratuita, cuya intensidad y duración total es muy difícil de prever.

De cualquier manera, debería de ser vocación de todos los universitarios estar conscientes y esforzarse por hacer las cosas mejor. Buenos resultados escolares, buenos estudios y mejor capacitación de los egresados constituyen la base para que tal institución, ya cercana a los 80 años de vida —o a los 210, según se vea— siga influyendo más y mejor en la sociedad contemporánea.

Tengo para mí que muchos de los descalabros y menosprecios que hemos sufrido los jaliscienses en los últimos años y, sobre todo,

esta falta de cohesión e identidad que padecemos, se debe en buena medida al desastre universitario que vivimos al menos desde 1971 hasta 1989. Si mi idea es acertada, aunque sea en una pequeña parte, la consecuencia es que la Universidad de Guadalajara actual, extendida a todo Jalisco y esforzada por modernizarse y mejorar tanto su planta de alumnos como la de maestros, deberá de coadyuvar a que Jalisco recupere en el futuro la prestancia que tuvo en tiempos ya muy remotos.